

211-212 OPUSCULUM DECIMUM. DE HORIS CANONICIS. AD T. . . . VIRUM CLARISSIMUM.

ARGUMENTUM.

Declara el origen y los misterios de las horas canónicas, y enumera sus utilidades. Por lo tanto, exhorta a un cierto noble, a quien envía este librito, a no descuidar escuchar o recitar las horas canónicas, y a no permitir que ninguna ocupación lo desvíe de tan piadosa obra; también recomienda encarecidamente el oficio de la B. Virgen.

Al señor T hombre clarísimo, PEDRO pecador monje, oraciones en Cristo.

Mientras conversaba contigo, amadísimo, en el palacio episcopal de Rávena, te sugería algunos preceptos de vida y te exhortaba con ciertas exhortaciones al estudio de la religión, finalmente la conversación avanzó hasta afirmar que todos los fieles cristianos deben cumplir diariamente con el oficio canónico de las siete horas como una especie de tributo de servidumbre a Dios. Pero lo que entonces fue pronunciado por la lengua, he considerado necesario transmitirlo por escrito; para que lo que escuchaste en un momento con palabras simples no se olvide fácilmente, sino que, al estar sujeto a los ojos a través del artículo de un estilo corriente, se adhiera más tenazmente a la memoria.

[DE HORIS CANONICIS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Efectos de los pecados.

Existen claramente siete vicios principales (Consulta las notas al final del opúsculo), de los cuales surgen las demás plagas de los vicios: a saber, soberbia, avaricia, vanagloria, ira, envidia, lujuria, tristeza. Estos, siendo la causa y el origen de todos los males, se conocen por tener efectos bajo el mismo número: siete pecados capitales, es decir, adulterio, homicidio, robo, perjurio, falso testimonio, rapto y blasfemia. En los cuales, ciertamente, hay una muerte tan cierta y manifiesta de las almas; que cualquiera que sea sorprendido en alguno de estos y muera, de ninguna manera podrá evadir la sentencia de condenación eterna. Nuevamente, hay siete pecados leves y mínimos, en los cuales no solo el pecador, sino también cualquier justo cae diariamente, incluso si parece estar ya en la cima de la perfección. Estos son, de hecho, pensamiento, ignorancia, inconstancia, necesidad, debilidad, olvido, error: por los cuales, ciertamente, siempre pecamos en la conversación diaria, y por lo tanto, contra las heridas del pecado, necesitamos necesariamente los remedios de la curación diaria. De ahí que esté escrito: «Siete veces al día cae el justo, y se levanta (Prov. XXIV).» Quien, ciertamente, se describe como cayendo siete veces, y sin embargo siendo justo: porque no deja de ser justo incluso pecando, mientras no peca por intención, sino por la fragilidad de la humanidad.

Por estos siete pecados leves y pequeños, que no podemos evitar debido a la debilidad de la fragilidad humana, esto ha sido instituido por el magisterio del Espíritu Santo a través de los piadosos doctores de la Iglesia, para que ofrezcamos nuestros votos a Dios siete veces al día. Estos oficios de las siete horas canónicas, como siete lavados bautismales, están constituidos en el seno de la santa Iglesia: para que nos preocupemos por expiar las manchas de las siete ofensas que contraemos en la conversación diaria de esta vida, con los mismos flujos de la oración diaria; para que el polvo continuo de la vida corruptible sea sacudido por el viento de la satisfacción, y el lodo de la conversación mundana sea limpiado por la frecuente ola de la oración derramada.

CAPÍTULO II.

Las horas de las que hablamos son estas: Matutinas, Laudes, que deben comenzar entre el amanecer y la aurora: luego, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas. Debe decirse cuántos salmos contiene el oficio de cada hora, y por qué no debe ser inferior o exceder el número prescrito. Matutinas consta de cinco alabanzas, a saber, cuatro salmos y un cántico. Y es apropiado que, cuando la luz diurna irrumpa, ofrezcamos alabanzas a Dios, porque bajo la apariencia de la luz exterior esperamos a Cristo, el sol de justicia, brillando en nuestros corazones, y la Iglesia, como una novia que ya llega, se encuentra con él con alegría y regocijo. Así, con cinco alabanzas, como si adornada con tantas lámparas recibidas, y como si el clamor de la última excitación ya hubiera sido percibido en el oído del corazón: he aquí que viene el esposo, salid a su encuentro, se cumple en apariencia aquello del evangelio: «Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas (Ibid.).»

Pero el hecho de que en el oficio de esta alabanza matutina se añada diariamente un cántico a los salmos, parece exhalar el misterio de ambas vidas, la contemplativa y la activa. El salterio, de hecho, un instrumento hecho en forma de delta, se toca con un plectro a través de diez cuerdas; mientras que el cántico se expresa solo con el órgano de la voz. Por lo tanto, aquel, porque necesita manos, denota la operación y, por lo tanto, la vida activa; este, porque pertenece al júbilo, la contemplativa. Y dado que podemos insistir en la contemplación solo por un momento y brevemente, pero estamos continuamente involucrados en la administración de la vida activa; con razón interponemos un solo cántico entre varios salmos. Así como ascendemos del ejercicio de la operación piadosa a la cumbre de la contemplación, y, después de un brevísimo punto de la especulación íntima, inmediatamente declinamos al ministerio de la misma vida activa; ciertamente para que nuestra contemplación comience en la vida activa y necesariamente termine en la misma; así no anteponemos ni posponemos el cántico a los salmos; sino que, colocados en ambos lados, siempre lo colocamos penúltimo.

Por otra parte, porque a través de las cuatro estaciones del año, nuestro cuerpo, compuesto también de cuatro elementos, se fatiga en el ejercicio de la acción, por eso cantamos cuatro salmos en la celebración de este oficio matutino. Y porque en el exceso de la especulación buscamos solo uno, que sin duda es Dios, no sin razón cantamos también un solo cántico. Pero el hecho de que se añada el cántico de Zacarías al final de la sinaxis, y porque se sabe que ocurrió al final y al inicio del Nuevo Testamento, lo atestigua mística y temporalmente, y que la noche de los vicios ha precedido y el día, como dice el Apóstol (Rom. XIII), se acerca a las virtudes. Y esto es suficiente sobre las alabanzas matutinas.

CAPÍTULO III. Por qué se recita el símbolo en la primera hora.

Los oficios de la primera hora, la tercera, la sexta y la novena también contienen tres salmos cada uno, pero a la primera hora se le añade convenientemente la fe católica, que se sabe que Atanasio, obispo de Alejandría, transmitió con la más sincera inspiración del Espíritu Divino. Pues como la fe es el fundamento y el origen de las virtudes, el cántico de la fe unido a la primera hora de alguna manera obtiene el principado de todo el día. En verdad, los oficios de las tres horas, a saber, la tercera, la sexta y la novena, se conocen por la doctrina del profeta Daniel: quien, como atestigua su historia, en su cámara vuelto hacia Jerusalén ofrecía sus votos de oración al Señor tres veces al día.

Además, a la tercera hora se le añade, lo que es mucho más excelente, porque en ella se lee que nuestro Redentor fue crucificado según Marcos (Marc. XV), y en la misma hora se produjo la maravillosa venida del Espíritu Santo que recreó los corazones de los apóstoles

(Act. II). La sexta hora también se sabe que tiene el privilegio de que en ella Pedro, igualmente en el cenáculo, oró (Act. X), y bajo la figura de diversos animales y reptiles, conoció la salvación de todas las naciones por revelación mística: y en la misma hora nuestro Salvador, como testifican otros evangelistas, fue realmente colgado en el madero de la cruz por la salvación de todos (Mat. XXVII; Luc. XXI).

Sin embargo, para que nadie sospeche que los santos evangelistas, como parecen diferir en la expresión de las palabras, también difieren en sus sentidos entre sí, decimos brevemente; que Marcos afirma que el Señor fue crucificado a la tercera hora por las lenguas de los judíos; pero los demás evangelistas afirman que fue colgado a la sexta hora por la fijación de los clavos. Pues a la tercera hora clamaron, diciendo: Crucificalo, crucificalo; y así los judíos lo crucificaron con su juicio, a quien después los soldados lo fijaron colgándolo en el madero. La novena hora tampoco carece de su propio título de honor, ya que en ella se describe que el Señor, habiendo consumado el misterio de su pasión, entregó su espíritu.

Estas horas, por lo tanto, que se consideran notables entre las demás horas del día, y así, cada una con sus propios privilegios, parecen estar de alguna manera adornadas con las insignias de dignidades especiales, están separadas por la interposición del número ternario; y por lo tanto, mientras en cada una de ellas ofrecemos votos de alabanzas, demostramos que adoramos a aquel que permanece uno en la Trinidad, también a través de los mismos cursos de tiempo. Pero el hecho de que en estas cuatro horas no se canten los mismos salmos en los diversos órdenes de la Iglesia; de modo que entre los clérigos el decimoctavo después del centésimo corra bajo las descripciones de sus incisiones; pero en los monasterios se mantenga la costumbre de los cánticos de los grados; si examinamos el asunto diligentemente, encontramos claramente que ambos se hacen congruentemente. Pues cuando ese largo salmo dirige especialmente el camino de los que caminan, no solo a través del sacramento místico, sino que también en la misma superficie de las palabras frecuentemente suena el camino; pero el cántico de los grados recomienda los grados del mismo camino, salvo el misterio de su profundidad, también por la expresión clara de su nombre; para llevar a cabo en la Iglesia de Dios el oficio corriente, ambos se consideran instituidos concordemente. Y porque uno no difiere del otro en la variedad del entendimiento, cualquiera de los dos, mientras se canta, no se desvía de la línea recta de la concordia. Pero la primera de los monjes, además del día del Señor, parece comenzar convenientemente desde el principio del salterio, para que el origen del día naciente se ajuste adecuadamente al principio del libro.

CAPÍTULO IV. Por qué los clérigos dicen cinco salmos y los monjes cuatro.

Las vísperas, sin embargo, no tienen el mismo modo de salmos en los diversos órdenes: pues entre los clérigos abarcan cinco salmos; pero entre los monjes se completan con solo cuatro. Sin embargo, ninguno de los dos se conoce por carecer de razón, si se busca con la indagación de una discusión digna. Pues de los cinco salmos de las vísperas se da esta misma razón no absurdamente, que también se tiene arriba sobre las matutinas. Pues como sabemos por el mismo Maestro que el juez del género humano vendrá de noche (I Thess. V), pero no sabemos a qué hora de la noche, es decir, si a medianoche, al canto del gallo, o al amanecer, porque, como él mismo dice, vendrá como ladrón, ignoramos; por lo tanto, así como en el oficio de la alabanza matutina, también en el de la vespertina, la santa Iglesia de los elegidos espera a su esposo, que se designa adecuadamente por el número de las cinco vírgenes prudentes: a quien, mientras canta cinco salmos adornada con buenas obras, se apresura gozosa a su encuentro, como si con tantas lámparas encendidas. Pero quien instituyó cuatro salmos, se cree que miró a esto, si no me equivoco, porque así como hay cuatro vigiliias militares, también se conocen cuatro virtudes principales, a saber, justicia, fortaleza,

templanza y prudencia. En las cuales, ciertamente, debemos vigilar continuamente a través de la oscuridad nocturna de esta vida mortal, y en el frente de la milicia espiritual, en cuyas armas hemos jurado, debemos permanecer pacientemente y luchar incansablemente. En este oficio de la alabanza vespertina, por lo tanto, a través de los cuatro salmos que modulamos, se nos instruye a vigilar diligentemente en la custodia de las cuatro virtudes.

El cántico de la B. Madre de Dios tampoco se une incongruentemente al oficio vespertino. Ella, de hecho, como si ya hubiera pasado el largo día del siglo pasado, bajo el mismo ocaso del mundo que ya anochecía, tan pronto como concibió la luz del Verbo eterno en la flor de su vientre feliz, inmediatamente estalló en la voz de la alabanza divina: «Mi alma magnifica al Señor (Luc. I).» A semejanza, por lo tanto, de aquella que es madre de Cristo, y de toda la Iglesia universal, que es madre de los cristianos, que lleva en su mente la misma luz que antes llevó en su vientre, al anochecer del día, magnifica dignamente a Dios con alabanza, y dando gracias por los beneficios recibidos, su espíritu se regocija en Dios su Salvador.

CAPÍTULO V. Por qué los monjes dicen tres salmos.

El completorium también varía en esta diversidad, ya que entre los monjes consta de tres salmos, pero entre los clérigos de cuatro. Pero sobre los cuatro salmos se debe dar la misma razón que se ha dado anteriormente sobre el oficio de la alabanza vespertina: a saber, que a través del número de la salmodia cuatrífida se nos enseña a tomar consecuentemente las mismas cuatro armas de las virtudes: con las cuales, armados, podemos perforar las espaldas de los vicios ladrones y repeler los ataques hostiles de los espíritus insidiosos. La Escritura narra tales vigiliat, cuando dice: «He aquí que el lecho de Salomón está rodeado por sesenta valientes de los más fuertes de Israel: cada uno con su espada sobre su muslo por los temores nocturnos (Cant. I).» Pero sobre los tres salmos, la santa Trinidad nos libera de la obligación de dar razón; bajo cuyo signo, ciertamente, el completorium cierra el día cumplido. Así como el oficio de la primera hora, como se ha dicho antes, se dedica a la fe de la S. Trinidad, así también el completorium se concluye en la afirmación de la misma S. Trinidad, para que aquel a quien se reconoce que el curso de todo el día milita, en él finalmente termine la clausura de la luz cumplida. Por lo tanto, hemos tocado brevemente sobre los oficios diurnos de las horas, para explicar más claramente por qué fueron instituidos, o por qué se terminan bajo el cálculo prescrito de los salmos. Cualquiera que, por lo tanto, cumpla diariamente con estos siete oficios de las horas canónicas con devoción a Dios, si está completamente alejado de aquellos graves crímenes, y también se ha moderado, en cuanto lo permite la fragilidad humana, con la ayuda del auxilio divino, de los siete leves que se enumeraron anteriormente, de aquellos que no puede evitar, para decirlo con confianza, será absuelto en el examen del juicio tremendo; y porque ahora no descuida devolver a su Creador los deberes de su servidumbre impuesta, entonces podrá cantar con libre conciencia con el B. David, y con voz alegre: Siete veces al día dije alabanza a ti, Señor Dios mío, no me pierdas (Psal. CXIII).

CAPÍTULO VI. Que la oración de la Iglesia debe ser continua.

Y puesto que la trompeta evangélica nos incita a la insistencia de la oración continua, diciendo: «Que es necesario orar siempre, y no desmayar (Luc. XVIII).» Y el Apóstol: «Orad sin cesar (I Thess. V).» Y esto no solo de día, sino también de noche, el precepto lo cumple la disciplina eclesiástica, se ha procurado diligentemente que las vigiliat nocturnas se realicen con doce salmos. Pues habría sido duro que los enfermos, o las embarazadas, y cualquier diversidad de edades y sexos, se levantaran también durante los intervalos nocturnos de las horas, y se apresuraran a la Iglesia.

Para que, por lo tanto, la discreción maestra de la Iglesia moderara el trabajo, se ha establecido con la disposición de un consejo más elevado, que según el número de las horas nocturnas, también el orden de los salmos se extienda a las vigiliias con doce: para que de alguna manera toda la noche parezca gastarse en oración, mientras se resuelven orando tantos salmos como horas tiene la misma. Este oficio nocturno lo designa el Profeta, cuando dice: «A medianoche me levantaba para confesarte (Psal. CXVIII).» Aunque todas estas cosas, a saber, los ocho oficios que se han descrito, pueden distribuirse con igual paridad, de modo que de ellos cuatro también se consideren adecuadamente adaptados a la noche y al día; para que vísperas, completas, nocturnas, alabanza matutina se asignen a la noche; pero prima, tercia, sexta y nona se confieran adecuadamente al día. A esta afirmación parecen apoyar los mismos nombres de vísperas y prima, mientras que vísperas se denomina por la estrella vespertina, que brilla al inicio de la noche, y prima, porque el día comienza con ella, también lo atestigua claramente la expresión de su nombre. Y puesto que vísperas marca el inicio de la noche, y prima el del día, es consecuente que los oficios nocturnos se inicien con uno y los diurnos con el otro.

CAPÍTULO VII. Castigo de los que exceden la medida de la refección.

Esta es claramente la cuadriga doble, en la que ahora, apresurándose hacia los reinos celestiales, la santa Iglesia es llevada: en esta cuadriga, recorriendo el camino del día y la noche, ya se une a Dios alabando, a quien después verá por visión, y disfrutará de la feliz compañía de aquellos. De quienes, de hecho, se dice por el profeta: «Porque no cesarán de clamar noche y día, diciendo: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos: El que es, y el que era, y el que ha de venir, el Todopoderoso (Apoc. IV).» Aunque, por lo tanto, toda la vida del justo debe ser razonablemente afirmada como oración, sin embargo, nosotros, los débiles, confiamos justamente en que el mandato de orar siempre se cumple por nosotros, si cumplimos diariamente con estos oficios canónicos de la institución eclesiástica. En las Galias, sin embargo (como hemos aprendido por el relato de un hombre especial), los religiosos Padres de los monasterios, viendo que muchos de los hermanos exceden la medida de la refección establecida por el B. Benito (cap. 39), y que no pueden contenerse dentro del límite prescrito del diario regular, han considerado prudente que, además de los oficios de las horas establecidos, añadan aún otros salmos; para que puedan compensar el exceso de una dieta más indulgente con el aumento de los salmos.

Pero aquí quizás, molesto, dirás: ¿Qué tengo yo, te pregunto, con la regla de los monjes? ¿Qué me importa aprender también aquellas cosas que no es conveniente saber? Pero quienquiera que asuma tratar cualquier materia, no debe satisfacer personalmente solo a aquel a quien envía, sino explicar el asunto mismo ventilando todas sus partes: para que así uno encuentre el alimento que desea, y no otro se marche con el estómago vacío. Por lo tanto, estos oficios de la institución eclesiástica, hombre nobilísimo y prudentísimo, nunca los descuides por ningún olvido, no pases por alto el remedio seguro de tu alma, ocupado por los negocios de las causas seculares. Por otra parte, si puedes escucharlos en la Iglesia o por un sacerdote, es seguro; de lo contrario, si estás montado a caballo, o quizás te ejercitas en labores rurales o cualesquiera otras, mientras actúas, entre el mismo tributo del Señor, con el que estás gravado, paga con la mercancía que tienes. Ciertamente, si hay salmos, que se complete el número: si solo uno, como lo requiere el canon, que se repita. Si careces completamente de letras, solo con la oración del Señor podrás cumplir lo que desees. Por lo tanto, estos oficios de la servidumbre cristiana, amadísimo, no los consideres como un servicio, sino como un deber; y no los atribuyas a la voluntad, sino completamente a la necesidad: para que así como no dejas de profesarte cristiano, de imprimirte la señal de la

cruz, de invocar el nombre del Señor diariamente; así tampoco te atrevas a pasar por alto estos en algún momento por ningún obstáculo de las ocasiones.

CAPÍTULO VIII. De un cierto hombre piadoso y estudioso de las horas canónicas.

Para que puedas aceptar más fácilmente las exhortaciones salvadoras, explicaré brevemente lo que aprendí durante mi reciente viaje hacia vosotros. En el suburbio de Fano, a tres millas de las murallas, habita un hombre de condición y recursos modestos. Al enterarse de mi presencia allí, se acercó rápidamente y, entre otras cosas, me reveló en secreto la pureza de su castidad, que mantenía con su esposa. Un monje, que era su tío, había afirmado que su esposa le pertenecía, aunque por su gran simplicidad solía llamar parientes a algunos extraños. Entonces, él, alegre, tomó esta palabra y deliberó, diciendo: "Es mejor brillar con el resplandor de una castidad segura que temblar siempre bajo el temor de un incesto incierto". Este hombre no omite fácilmente las horas canónicas y los oficios eclesiásticos cuando puede; también ha acostumbrado, durante muchos años, a acudir al monasterio de San Paterniano, situado cerca de los muros de la misma ciudad, en las principales festividades, y a escuchar allí las vigiliat nocturnas. Lo hace con tanta constancia que ni la inundación de lluvias ventosas ni la aspereza del invierno pueden detenerlo. A menudo, los espíritus malignos lo asustan en el camino, emitiendo el estruendo de una voz terrible, pero sin mostrar la apariencia de ninguna forma corpórea.

Hace un año, mientras se dirigía al mencionado monasterio una noche, de repente, lobos y perros, y diversas criaturas furiosas, se abalanzaron sobre él en formación, aullando y ladrando por todas partes, y lo atacaron con mordiscos rabiosos. Apenas logró escapar de sus dientes, despojado de su capa y su sombrero. Aún no habían sonado las señales de las vigiliat; al llegar, encontró las puertas del monasterio cerradas y se postró en oración ante el umbral. Después de prolongar su oración, se levantó y, para su gran asombro, encontró su capa y sombrero, que había perdido, tirados junto a él. No se sabe si esto fue obra de ángeles o si el mismo diablo, el cruel ladrón, se vio obligado a devolver lo que había robado. Sin embargo, no sería absurdo creer que el maligno enemigo fue obligado a restituir lo que había tomado y, para su confusión e ignominia, se vio forzado a servir a aquel a quien había herido.

CAPÍTULO IX. La eficacia de la oración.

En otra ocasión, el mismo hombre del que hablamos se dirigía al mencionado monasterio en el silencio de la noche. Al llegar al arroyo que fluía entre ellos, llamado Argilla, no pudo cruzarlo debido a que las aguas habían crecido. Se entregó inmediatamente a la oración y, al completarla, se encontró milagrosamente en la orilla opuesta. Estas cosas, hombre prudentísimo, te las hemos relatado en orden para mostrar claramente cuán vigilante es el cuidado de Dios Todopoderoso sobre aquellos que acuden reverentemente a los oficios eclesiásticos. Por lo tanto, que te avergüence omitir negligentemente las horas canónicas, que escuchas celebrar con tanta gloria por la santa rusticidad; más bien, aquel cuyo espíritu arde un poco más fervientemente en el amor de Dios, se extiende incluso a no cansarse de escuchar diariamente las horas de la bienaventurada Madre de Dios. Y dado que se ha presentado la ocasión, no me es tedioso escribir lo que he aprendido de esta relación fraterna, si no te es tedioso escucharlo.

CAPÍTULO X. La eficacia de las horas de la B. Virgen.

Un cierto clérigo estaba sujeto a muchos pecados, especialmente manchado por los fetores de la lujuria carnal. Finalmente, al ser afligido por una enfermedad y llegar a sus últimos momentos, comenzó a temer profundamente, con sus entrañas temblorosas y su conciencia acusadora, el juicio divino. Al no encontrar en sí mismo ninguna obra buena en la que confiar, se entregó completamente a pedir la ayuda de la siempre Virgen María, y con la ansiedad importuna de su corazón, se refugió bajo su protección, insistiendo con palabras como estas: "No ignoro, oh bendita reina del mundo, que te he ofendido en muchas cosas, y he violado en mi cuerpo el sello de la castidad y la virginidad, de las cuales tú eres madre. Estoy envuelto en innumerables inmundicias de pecados, y no soy digno de invocarte, a ti, la princesa de toda pureza, con labios impuros. Sin embargo, oh puerta del cielo, ventana del paraíso, verdadera Madre de Dios y del hombre, tú eres mi testigo de que siete veces al día te he alabado, y aunque pecador, aunque indigno, no he dejado de rendir homenaje a tu alabanza en todas las horas canónicas".

Después de que el clérigo pronunció estas palabras, la piadosísima Madre de Dios se le apareció mientras yacía, y consolándolo suavemente, le anunció que sus pecados le habían sido perdonados por la abundancia de la divina misericordia. Sin embargo, lo decimos con temor, porque no sabemos si realmente ocurrió según la fidelidad de la relación. Pero sin duda sabemos que quien se esfuerza por frecuentar diariamente los oficios en sus alabanzas en las horas mencionadas, adquiere como ayudante y protectora a la madre del mismo Juez en el día de la necesidad. Por lo tanto, querido amigo, recorre esta pequeña y ruda escritura repetidamente, y no te fijas en cómo se dice, sino en lo que se dice; más bien, por así decirlo, no te deleites en la paja o las hojas de las palabras, sino en la médula de la inteligencia. Exhibe continuamente la obediencia de las horas mencionadas a Dios, y en lo demás, ejércitate vigilante en los estudios de la santa conversación; para que, si ahora bajo su yugo suave como siervo inclinas el cuello de tu corazón, después entre los hijos obtengas con gloria la herencia de la cuerda celestial.

ESCOLIOS.

Hay siete vicios principales de los cuales surgen las demás plagas de vicios, que son, a saber, soberbia, avaricia, vanagloria, ira, envidia, lujuria, tristeza. No es de extrañar que el santo cardenal no haya enumerado la gula entre los vicios capitales, que según la doctrina de otros (lo cual no pudo pasar desapercibido para un hombre tan docto) debía mencionarse. Sin embargo, creo que no mencionó la gula porque más adelante, entre los pecados leves, en los que incluso el justo puede caer diariamente, enumera la necesidad y la debilidad: bajo las cuales se entiende que la gula, que por su naturaleza no es un pecado mortal, está contenida. Es evidente que todos los modos en que pecamos en la gula surgen de la fragilidad, mientras que bajo el pretexto de la necesidad, el placer nos acecha; como dicen Juan Clímaco, Grado 14 y 15; Juan Casiano, libro IX, capítulo 7, Sobre el espíritu de la glotonería, que parece favorecer nuestra sentencia, cuando dice: "La debilidad de la carne no impide la pureza del corazón, si solo se usa lo que la fragilidad, no el placer, exige".

Bendito sea el nombre del Señor.